



Homero.

Las leyendas de los héroes



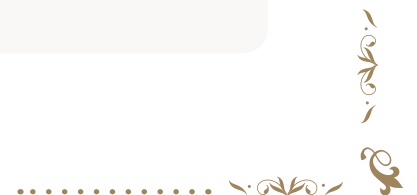
La mitología popular ofreció a Homero un marco sugestivo para sus relatos heroicos. La leyenda afirmaba que la guerra de Troya había comenzado en el Olimpo, en una inocente fiesta matrimonial. El enlace olímpico era mixto; se trataba de un mortal, Peleo, y una diosa, Tetis, justamente los padres de quien más tarde sería el principal de los héroes que lucharon y murieron en Troya: Aquiles. Pero en el regocijo de la boda algo fue pasado por





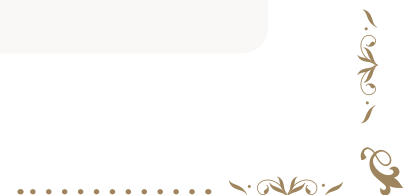
alto: Eris, la diosa de la discordia, no fue invitada al banquete. Un detalle de trágicas consecuencias, porque muy pronto Eris ideó una maligna estrategia destinada a alterar bruscamente el plácido orden en que vivían los dioses. Envió una manzana dorada al Olimpo con un mensaje que únicamente decía “para la más hermosa”. Y con tan pocas señas el don de Eris se convirtió en una maldición, porque también en aquella época los concursos de belleza desataban las pasiones. Las tres deidades más importantes del Olimpo se mostraron dispuestas a luchar por ese título hasta con las uñas, y así lo hicieron ver a Zeus, el padre de los dioses. El asunto no era de poca monta. Hera, Atenea y Afrodita dejaron claro que no abdicarían de sus presuntos derechos de propiedad sobre la manzana y que llevarían hasta sus últimas consecuencias la controversia.

Zeus comprendió que se jugaba demasiado al meterse de árbitro en un conflicto femenino. Conocía el carácter de las mujeres de su casa y actuó con la prudencia que aconsejaban las circunstancias; pasó el problema a los mortales. Les consiguió un juez digno: el hombre más bello de cuantos había sobre la tierra, París, hijo del rey Príamo, soberano de la ciudad de





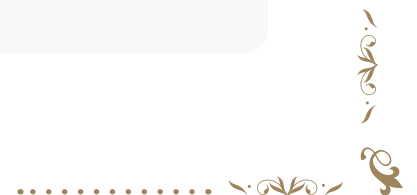
Troya. Un hombre hermoso pero que llevaba desde su nacimiento una pesada herencia: un oráculo había predicho que por su culpa un día la ciudad de Troya sería destruida. Las tres diosas aceptaron las condiciones del arreglo seguras de poder interesar al juez con alguno de sus dones. Atenea, la diosa de la inteligencia, le prometió sabiduría; Hera, esposa de Zeus, le ofreció el poder. Pero a ningún intento de soborno fue tan receptivo París como al de Afrodita, diosa de la belleza y del amor, que le prometió, a cambio de su voto, a la mujer más bella que existiera sobre la tierra. París era hombre de carácter frívolo y no supo resistirse a la tentación; hizo un gesto de asentimiento y eligió a Afrodita como la única auténtica dueña de la manzana de la discordia. Como se ve, se trataba inicialmente de una alegoría de carácter moral: ¿Qué es lo mejor para un hombre?, ¿ser un gran rey, un hombre sabio, o vivir en medio de placeres? La ruinoso decisión de París era más que expresiva. Porque para desgracia de griegos y troyanos la mujer más bella estaba felizmente casada, y su marido, Menelao, completamente ayuno del trato. Se trataba de Elena, hija de Tíndaro y Leda, reyes de Esparta. Poco





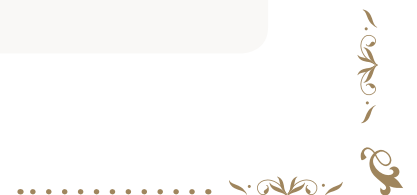
tiempo antes los reyes de diversas ciudades griegas habían pretendido la mano de la princesa Elena, y Tíndaro, su padre, para evitarse problemas, había dispuesto que la misma Elena escogiera. La elección había recaído sobre Menelao, que pasó a reinar como soberano de la ciudad de Esparta, y allí vivió tranquilo hasta que el aroma de una manzana tocó a su puerta. Con la ayuda de Afrodita, flamante vencedora del concurso de belleza, Paris se introdujo como huésped en el palacio de Menelao y, contrariando todas las leyes de la hospitalidad, sedujo y raptó a Elena, la mujer de su anfitrión. La atracción mutua debió haber sido inevitable; se trataba de los dos ejemplares más hermosos de la raza humana. Pero no hay que hacerse ilusiones románticas; un detalle de la leyenda recuerda que Paris no se contentó con robarse a la mujer del rey que lo hospedaba, sino que también aprovechó la circunstancia para sacar la dote y llevarse consigo “multitud de tesoros”.

Menelao, como era de esperarse, no llevó bien el asunto. Y a través de su hermano, el poderoso Agamenón, rey de Micenas, convocó a un consejo a todos sus iguales. Los griegos simpatizaron con Menelao e hicieron propia su humillación; y de ahí



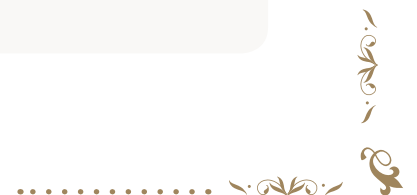


para adelante los eventos precipitaron. Los griegos formaron un inmenso ejército y dispusieron una flota para salir a la búsqueda de la mujer adúltera y de los tesoros que su raptor había robado. Los reyes aqueos de toda Grecia acudieron al llamado: Ulises, Néstor, los dos Ajax, Diomedes, Aquiles... ninguno se negó a vengar la afrenta y todos aportaron sus propios ejércitos a la causa común. Entretanto, Paris se había refugiado en el palacio de su padre, Príamo, en la ciudad de Troya, junto con su nueva mujer y sus tesoros. Y hacia allá se encaminó la flota de los griegos. El Olimpo, la montaña en la que según la mitología residía la divinidad, se preparó para asistir a una de las mejores entretenimientos de los últimos tiempos. Los dioses se dispusieron como espectadores de primera fila "mirando desde arriba" y "brindando en copas de oro". Y no dejaron de manifestar sus preferencias con actitudes de barra brava. Entre las más acérrimas enemigas de los troyanos se contaban Hera y Atenea, las dos diosas que esperaban vengar su humillación con una derrota absoluta de la ciudad que hospedaba a Paris. Y aunque la diosa del amor sensual, Afrodita, contaba poco en la guerra, manifestaba todas sus preferencias por los troyanos. Las cosas se equilibraban con Ares, dios de la guerra y amante de Afrodita, que pagaba los servicios de su querida poniendo sus



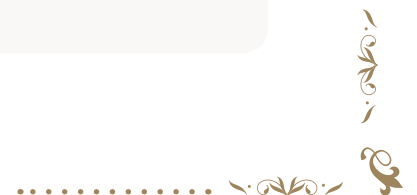


brazos al servicio de los troyanos. Y con Zeus que, con cierta tibieza porque no era hombre de meterse en problemas, también apoyaba a la ciudad de Príamo. El asunto no fue fácil; los griegos debieron luchar diez años antes de poder arrasar la ciudad y recobrar los tesoros perdidos, entre ellos Elena. Y la guerra sólo culminó con la argucia de Ulises, “fecundo en ardidés”, que después de tantos años de lucha infructuosa fingió la retirada de los griegos y dejó a las puertas de la ciudad un voto a los dioses: un enorme caballo de madera en símbolo de respeto por el temple que había demostrado Troya durante la guerra. Y los troyanos, que habían resistido las lanzas y las piedras, no se resistieron a la esperanza de la paz. Hicieron entrar el enorme caballo y se entregaron a una celebración frenética por el fin de la guerra. Y cuando ya no se tenían en pie por el vino y el banquete, el vientre del caballo se abrió y una porción de guerreros aqueos cayó de su interior para abrir las puertas de Troya. El ejército de los griegos se encontraba al acecho y en pocas horas la ciudad terminó saqueada y destruida. Y ésta era la historia de la guerra de Troya. En torno a este gran ciclo legendario giraba una multitud de pequeñas historias relativas a cada uno de sus héroes. La lliada narra precisamente uno de ellos:





un pequeño episodio que habría tenido lugar durante el décimo año de guerra, y que Homero nos propone en el primero de sus versos: la cólera de Aquiles. Aquiles era hijo de una diosa, Tetis, y de un mortal, Peleo. Era un personaje humano pero con rasgos que lo asemejaban a la perfección de la divinidad; estaba dotado de todas las facultades humanas en su máxima perfección: era valiente, poderoso, hermoso y elocuente; el más grande guerrero de los griegos que luchaban contra Troya. Desde los primeros versos de la Iliada, Aquiles se presenta como un personaje terrible y colérico. Agamenón, el jefe militar de la expedición contra Troya, le ha inferido una brutal injusticia. Aprovechando su poder político, ha despreciado el valor militar de Aquiles y lo ha humillado quitándole a una de sus esclavas. En el mundo en que vivían Agamenón y Aquiles las mujeres eran parte esencial del botín de un guerrero. Y Aquiles no estaba dispuesto a soportar tal abuso de poder. Humillado por la arbitrariedad de Agamenón, Aquiles deja de luchar en favor de los griegos y se recluye en su nave, dispuesto a volver a la guerra sólo cuando el rey de Micenas eche pie atrás y reconozca su calidad de líder militar indiscutido de los griegos. Y

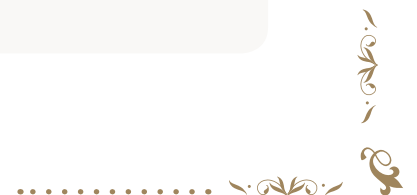




lo hace con la venia del cielo, porque Zeus accede a su petición de conceder la victoria a los troyanos mientras él se encuentre fuera del campo de batalla. Hasta pasada la mitad del poema, Aquiles se niega a luchar y el sitio de Troya, sin su presencia, comienza a ceder. Carentes de su emblema de guerra, los aqueos empiezan a ser derrotados por los troyanos, que se aventuran a luchar no sólo en torno a las murallas sino aún más allá, y que están a punto de cambiar el destino de la guerra quemando las naves de los aqueos.

Diversos héroes griegos intentan reemplazar a Aquiles en la batalla; Diomedes Tidida, Ajax Telamonio, Ajax Oileo... pero es finalmente el héroe de los troyanos, Héctor, quien termina haciendo de la llanura de Troya su propio escenario. El bravo troyano es hermano de París, pero también su reverso; es el digno hijo de su padre, Príamo, de quien ha heredado el pundonor y la valentía para luchar por su gente como un héroe en la batalla. Y en ella brilla “como el incendio que arrasa el bosque” o como “el astro de la mañana que se distingue a la distancia”, y su sola presencia basta para atemorizar a las filas de los aqueos.

Pero mediado el poema las cosas comienzan a complicarse. Patroclo, el mejor y más íntimo amigo



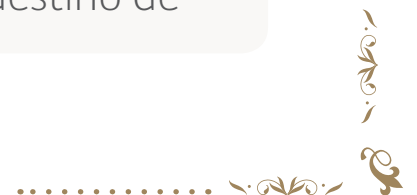
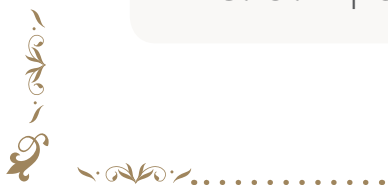


de Aquiles, no soporta la derrota que sufren los griegos.

Y le pide que le preste su armadura para que, al verlo salir a él armado con ella, crean que Aquiles ha vuelto a la batalla y puedan al menos recobrar el aliento.

Aquiles accede y Patroclo sale a la batalla vestido con sus armas. Pero el combate le es adverso; después de algunas hazañas notables, Patroclo debe enfrentar a Héctor en un combate singular. Y no tarda en morir a sus manos.

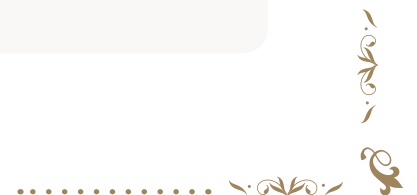
La muerte de su amigo conmueve a Aquiles, que llora inconsolable y jura venganza. De ahí en adelante todo el poema aparece dominado por la furia de Aquiles, quien se lanza brutalmente a la lucha, como un asesino sin escrúpulos, atacando a hombres y a dioses; a todo lo que pueda serle obstáculo en su camino. Y sobre todo a Héctor, el asesino de Patroclo. La presencia de Aquiles en la batalla provoca el desconcierto en las huestes troyanas, que sólo atinan desordenadamente a ponerse a salvo. Y una vez que el ejército troyano se ha refugiado dentro de la ciudad, llega el turno del gran enfrentamiento entre Héctor y Aquiles. Troya contiene el aliento observando desde sus murallas el combate singular. Héctor se sobrepone al terror que le inspira su rival y lo enfrenta a pecho descubierto. Pero de nada vale su arrojo; en el Olimpo los dioses ponen en la balanza el destino de





los dos héroes, y “tiene más peso el día fatal de Héctor, que desciende hasta el infierno”. El defensor de Troya cae como un valiente a manos del terrible Aquiles. Ensañado con el cadáver de su enemigo, Aquiles jura que el cuerpo de Héctor será “pasto de aves y perros salvajes”. Y mientras las tropas aqueas humillan el cuerpo inerme de Héctor pinchándolo con sus lanzas, Troya contempla la tragedia envuelta en lamentos y gemidos. La ciudad ha perdido su última esperanza y su destino ha quedado sellado para siempre. La guerra, se dice en la *Ilíada*, es “sembradora del llanto”.

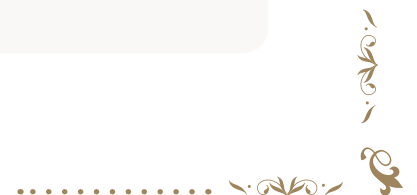
Pero Homero no termina su poema sin antes infundir un rasgo de humanidad en el brutal y despiadado Aquiles. Príamo, el anciano padre de Héctor, se desliza en medio de la oscuridad hasta la tienda del mismo Aquiles, atravesando las tropas enemigas, para pedirle le devuelva el cadáver de su hijo. Como padre, sólo anhela poder llorar sobre el cuerpo exangüe de Héctor y enterrarlo como corresponde a un héroe. Y el terrible Aquiles de los cantos precedentes se conmueve con el dolor infinito del anciano, porque en él ve reflejado el dolor futuro de su propio padre que, según presiente, sufrirá la muerte de su hijo sin poder abrazar su cadáver. La tensión dramática acumulada durante todo el poema se resuelve en el llanto común de los dos enemigos y la *Ilíada* concluye así, no con la exaltación





de la figura heroica de Aquiles, vencedor, sino con este inesperado abrazo que testimonia la esencial comunidad humana en el sufrimiento y la muerte. Como se ve, la fantasía del mito era exuberante. Tanto que durante muchos siglos se consideró pacíficamente que la guerra de Troya, sus escenarios y sus personajes, eran la brillante creación de Homero o, en el mejor de los casos, de una escuela de poetas especializados en inventar historias del pasado. Y si las cosas no continuaron así, se lo debemos en gran medida a Heinrich Schliemann, un estudioso alemán nacido en 1822, que dedicó su vida a demostrarle al mundo de los arqueólogos que a Homero había que tomarlo en serio.

De Schliemann se ha dicho que era la “quintaesencia del romanticismo”. Y algo de verdad había en ello. Nació en un pequeño pueblito del norte de Alemania, en el seno de una modesta familia, en la que conoció la pobreza y de la que heredó el amor a los clásicos. De su elemental instrucción primaria conservó toda la vida el sueño de ir algún día a buscar por sí mismo los escenarios de la guerra de Troya. Y consiguió los medios para ello. A pesar de sus pobres orígenes, a los cincuenta años era dueño de una gran fortuna que había acumulado con tesón, suerte y talento comercial. Y fue justamente por esos años cuando, contra viento y



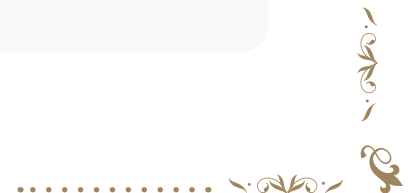


marea, decidió actuar sus proyectos arqueológicos. Conocía el griego a la perfección –junto con otras doce lenguas– y sabía los versos de la *Ilíada* y de la *Odisea* de memoria. Había estudiado con extrema atención sus textos, y si se le hubiera aparecido Aquiles habría sido capaz de hablarle con los mismos términos con que él se dirigía a Patroclo. El mundo de la *Ilíada* era su propio mundo; tanto que cuando se estableció definitivamente en Grecia puso un aviso en el diario diciendo que tomaría por mujer a quien supiera recitar” en griego clásico la *Ilíada*, y así lo hizo. Como se ve, Schliemann no era persona de aficciones superficiales. A sus hijos les puso por nombre Agamenón y Andrómaca, y cuando se trataba de rezar, dirigía sus plegarias a Zeus... Podría haber pasado por uno de los protagonistas de la *Ilíada* perdido en un siglo equivocado.

Homero. Las leyendas de los héroes (fragmento).

GLOSARIO

1. **Enlace:** *unión*
2. **Regocijo:** *alegría, contento.*
3. **Discordia:** *oposición, enemistad, desunión.*
4. **Monta:** *importancia*





5. **Abdicar:** renunciar o ceder derechos, poderes, ventajas, etc.
6. **Presuntos:** supuestos
7. **Controversia:** discusión, polémica, conflicto.
8. **Soborno:** pago o regalo para corromper a alguien, con el fin de lograr un propósito.
9. **Receptivo:** que quiere, puede o que está dispuesto a recibir.
10. **Alegoría:** representación simbólica de ideas abstractas, por medio de una figura.
11. **Ruinoso:** que comienza a arruinarse o amenaza con ruina.
12. **Convocar:** llamar a varias personas para concurran a un lugar o acto determinado.
13. **Adúltera:** infiel
14. **Afrenta:** ofensa
15. **Acérrima:** muy fuerte y tenaz.
16. **Argucia:** argumento falso presentado con agudeza y astucia. Engaño.
17. **Ardid:** truco o engaño para lograr algo.
18. **Infructuoso:** inútil. Que no da fruto o resultado.
19. **Reverso:** parte opuesta de una cosa / en monedas o medallas, la "otra cara".
20. **Pundonor:** dignidad, honradez/ cualidad moral que induce a obrar honradamente.
21. **Huestes:** ejércitos
22. **Exuberante:** muy abundante.
23. **Quintaesencia:** lo más puro y fino de alguna cosa/ Última esencia o extracto de alguna cosa.

Elaborado por:
Gerardo Vidal . En Retratos de la Antigüedad Griega.
Editorial Universitaria, 2001.

